

TODOS LOS SANTOS

Benedicto XVI, en la misa funeral por San Juan Pablo II, se cantó la letanía de los santos. En su homilía dijo: «Cruzó el umbral hacia la otra vida, entrando en el misterio de Dios. Pero no dio ese paso en solitario. Quien cree, nunca está solo; no lo está en la vida ni tampoco en la muerte. En aquellos momentos hemos podido invocar a los santos de todos los siglos, sus amigos, sus hermanos en la fe, sabiendo que serían el cortejo viviente que lo acompañaría en el más allá, hasta la gloria de Dios».

Todos nosotros formamos parte de esta comunidad de santos, en la que hemos nacido por el Bautismo, y somos sostenidos por el sacramento de la Carne y la Sangre de Cristo. Precisamente es a través de la Eucaristía como Cristo quiere hacernos semejantes a Él.

Los santos no son una realidad estática más allá de este mundo: meras figuras decorativas ausentes de la realidad humana en la que nos movemos. No, esos, que caminaron en la historia como amigos de Dios y que ahora están junto a Él, son también íntimos amigos de los hombres. Se trata de una realidad invisible que supera la percepción de nuestros sentidos pero que actúan.

El lenguaje de la liturgia, y también el de la devoción, ha consagrado esa cercanía de los santos y su interacción en el mundo. El prefacio de la misa de hoy, por ejemplo, los llama hermanos. Y dice que son los mejores hijos de la Iglesia, al tiempo que los invoca como ejemplo y ayuda para nuestra debilidad. Los santos están cerca de nosotros, los invocamos, queremos hacernos amigos suyos, y ellos quieren ser nuestros amigos y nos quieren ayudar a llegar al Cielo con ellos. ¡Cuántos han alcanzado la santidad precisamente por su amistad con los que ya estaban en el cielo! Todos los santos tenían santos particulares a los cuales rezaban y les ayudaban.

Por eso, cuando nace un niño, tenemos la costumbre de ponerlo bajo el amparo y la intercesión de un santo, poniéndole el nombre de ese santo, y celebramos ese día felicitando a los que se llaman así. También dedicamos la Iglesia, los templos, las ermitas y los lugares sagrados a algún santo, así como los patronos de pueblos, de ciudades, de oficios, o intercesores especiales ante nuestras necesidades materiales de trabajo, de salud, etc. o en necesidades espirituales.

La Iglesia, sin embargo, no olvida que toda esa santidad, que resplandece en tantas personas, proviene de Dios, el único Santo, a veces reconocida oficialmente por la Iglesia y otras veces oculta. Por eso en cada santo reconocemos un signo del amor de Dios.

Pidamos especialmente a la Virgen María, la Reina de todos los Santos, que nos acompañe en nuestras luchas y en la fidelidad a las gracias que Dios nos da, hasta la victoria final.